-Sin duda; ¿ha huído?

-No sé nada; pero todo me induce á creerlo así.

— Vaya V. inmediatamente á asegurarse, y vuelva.

XXX.

— ¿Está en casa el señor Bertin? — preguntó Merle á la portera de la calle Blanche.

-No, señor; marchó de viaje.

El inspector de policía sonrió con satisfacción: no se había engañado. Pero, satisfecho el amor propio, desapareció la sonrisa y se arrugó su frente. En efecto: ¿cómo encontrar á Pedro Vignot? Porque esta partida precipitada, coincidiendo con la de Albertina, no le dejaba ya duda, si

es que la tenía aún, acerca de la verdadera personalidad del testigo Bertin.

-¡Ah!¡Conque está de viaje!¿Y sabe

V. si regresará pronto?

— Dentro de unos días, porque ha ido á Lyon, su país natal, á ver á un pariente enfermo.

- Me contraría, porque deseaba hablarle. Y Aurelia, la doncella de la señora Vivian, la criada del señor Gounet, ¿ ha vuelto?
- Toma! ¿Y por qué me pregunta V. eso?

Merle añadió, sin hacer caso:

— ¡Le cuesta demasiado trabajo encontrar un médico para su amo!

- De modo que lo sabe V. todo!-ex-

clamó aterrada la portera.

- Es uno de los deberes de mi oficio.

- ¿De su oficio?

-Si; soy inspector de policía.

-¡Otro!¡No nos dejarán tranquilos!

—No, mientras en esta casa habiten malhechores

—¡Malhechores!¡No lo dirá V. por el señor Bertin!

-Al contrario; y V. va á suplirle, fa-

cilitándome cuantos datos necesito, —dijo Merle, tomando sin ceremonias una silla que nadie le había ofrecido.

Seguro de que Pedro Vignot no volvería á la calle Blanche, juzgó inútil ser discreto con los porteros, y prefirió asustarlos haciéndoles conocer sus títulos y sus cargos, con lo cual les obligaba á responderle, lo que no habría conseguido si le hubieran tomado por un simple curioso.

- Es decir (continuó el Inspector); el señor Bertin ha partido el mismo día que la doncella Aurelia. Esa doble fuga de los dos testigos principales en la causa Morlain, ¿no le parece á V. chocante?
- ¡Es verdad! dijo Jerónimo desde el fondo de su tabuco.
- Pero después que declararon en el Tribunal d'Assises, todo ha concluído,—se apresuró á decir la portera, que por instinto defendía siempre á sus inquilinos.
- -No; ¡qué ha de concluir! Muy al contrario: todo comienza de nuevo con la nueva instrucción.
- ¡Ay Dios mío! ¿ Y habré de volver al Palacio de Justicia?
 - -Sin duda. Pero si sus respuestas á

mis preguntas son claras y precisas, acaso baste con esto.

—¡ Oh! Pregunte V., señor; pregunte V.; Ya estoy aburrida de ir allá!

-Responda, pues. ¿Sabía V. que Ber-

tin y Aurelia se conocían?

No, señor. Acaso alguna vez se saludaran en la escalera, cosa que entre vecinos nada tiene de particular; pero....

-¿ Nunca vió V. al uno en casa de la

otra, ó viceversa?

-Jamás.

— Perdona, — interrumpió Jerónimo acercándose.

- —¡Qué!....—repuso la portera, admirada de ver que su marido tomaba la palabra sin pedirla permiso.
 - Hable V. dijo Merle.
 - -Mi mujer olvida sin duda....
 - ¿ Qué es lo que olvida su mujer?
- —Que un día, hace ya bastante tiempo, antes de ocurrir el asesinato, salía yo de casa del inquilino del quinto piso, del otro, del que se le ha subarrendado á....

- Al Sr. Gounet, ya sé.

— Y vi à Aurelia enfrente de casa del señor Bertin.... —¿Y qué la dijo V.?

- —La pregunté qué hacía allí, y me contestó que me buscaba para mandarme á un recado, y pensó que estaría en casa de Bertin....
- ¿Y qué? (se apresuró á decir la portera.) ¿Hay nada más natural? Siempre que abres la boca es para decir una estupidez.
- No veo la razón de ese reproche que dirige á su marido (dijo Merle, y prosiguió interrogando). ¿Después nunca volvió V. á sorprender á la doncella Aurelia con Bertin?
 - -No, señor; nunca.
- —Bien. Vamos á otra cosa: ¿recibía Bertin muchas cartas?
 - Ninguna, repuso la portera.
 - -¿ Ni aun de Lyon, su país natal?
- Pregunta V. la verda¹, y se la digo: nunca le hemos subido cartas.
- -Cosa que es muy digna de tenerse en cuenta, porque él es de Lyon, donde tiene su familia, según dice; acaba de llegar de Australia, donde habrá hecho relaciones, y sin embargo no ha tenido nunca ni una carta. ¿Lo encuentra V. natural?

- -Pero, señor....
- -Esta mañana salió para Lyon con objeto de ver á un pariente enfermo, y no se le ocurre á V. preguntarse: ¿ cómo lo sabe, si no ha recibido carta ni telegrama?

-Un amigo puede habérselo dicho.

- —¡Un amigo! Si los tiene, debe V. conocerlos. Deme noticias sobre ellos.
 - No puedo, porque no recibía á nadie.

— Absolutamente á nadie, — dijo el

portero, como un eco de su mujer.

- —¡Notable es que un vecino de esta población no tenga ni un solo conocido en París! Son pequeños detalles sin importancia, que Bertin ha descuidado, pero que pueden convertirse en cargos contra él, si no los encontramos de más peso...; Se ha llevado algún baúl ó maleta?
 - -Solamente un saco de noche.

-; Y ha marchado á pie?

-No, señor; mandó á mi marido que le buscara un carruaje.

—¿Dónde lo tomó V.? — preguntó Merle

al portero.

—En la parada que está detrás de la plaza de la Trinidad.

—; Recuerda V. el número?

-No; no lo miré.

-¿Y la hora?

- -Lo tomé á las ocho, ú ocho menos cuarto.
- -¿Dió la dirección al cochero delante de V.?
- —Sí, señor; le dijo: « Estación de Lyon. »
- —Con esto me basta por hoy (dijo Merle levantándose). Una postrera advertencia: si por acaso la doncella Aurelia ó Bertin volvieran porque hubieran olvidado algún papel ú objeto que les comprometiera.... no dirán una palabra de mi visita, é irán inmediatamente á prevenir al comisario de policía que les ha interrogado varias veces. ¿Lo entiendeñ Vds.? Cuidado con faltar á mis órdenes, porque se les acusaría de complicidad.

—¡ Nosotros cómplices! ¡ Cómplices de un crimen! ¡ Dios mio, después de una vida tan ejemplar!

La portera se dejó caer en una silla, y Merle se retiró; dirigióse á la parada de carruajes situada detrás de la iglesia de la Trinidad, y llegó en el momento más oporno. Un cochero que había corrido por París durante todo el día, volvía á la caída de la tarde adonde se encontraba por la manana, y recordó haber tomado á eso de las ocho, en la calle Blanche, núm...., un viajero que iba á la estación de Lyon.

-Y creo (añadió el cochero) que perdió el tren.

-¿ Por qué cree V: eso?

--Porque le vi cinco minutos después salir con su saco de noche en la mano.

-¡Entonces no partió V. en seguida!

-No; el caballo estaba rendido, y me quedé en fila, como si mi coche estuviera ocupado.

—Como yo lo pensé (dijo Merle para sí, alejándose, después de tomar nota del número y nombre del cochero). Vignot se ha hecho conducir á la estación de Lyon para volver á París cuando crea que nadie puede verle. No todo se prevé. Mañana trataré de ponerme sobre la pista para dar con él y con Aurelia. Por ahora he de ocuparme de otra cosa.

Volvió al Palacio de Justicia, é hizo al Juez un detallado relato de lo ocurrido.

El magistrado, después de escucharle atentamente, le dijo:

—Las sospechas de V., á que no di importancia en un principio por parecerme faltas de pruebas, comienzo á creerlas fundadas. La desapárición de esos dos testigos, inquilinos de la casa en que el crimen se ha cometido, y que V. cree reconocer por antiguos criminales, es de mucha gravedad. Precisa encontrarlos....; lo oye V?

—Sí, señor, lo oigo; pero será difícil tropezar con esos pícaros. En fin; la constancia, la experiencia y el acaso....; quién sabe si darán fruto!

XXXI.

Después de obtener del Juez instructor cuantas órdenes pudieran serle necesarias en caso de encontrar á Pedro Vignot y Albertina Jeanrond, Merle se lanzó activamente en su busca. Se ocupó desde luego de ésta, que había huído la primera, y con la esperanza de que los vigilantes de servicio en la plaza de la Trinidad pudieran haber visto durante la noche una mujer sola, les interrogó, sin obtener ninguna indicación precisa.

Entonces pensó que Albertina, en vez de

290

bajar la calle Blanche, pudo seguir la dirección contraria, y se dirigió á informarse de los guardias que estaban de servicio en el boulevard de Clichy. Uno de ellos dijo haber visto á eso de las cinco de la mañana á una mujer, con la cual coincidían las señas que daba Merle: había pasado por delante de él muy de prisa, al parecer inquieta y agitada, volviendo frecuentemente la vista atrás, y el guardia, suponiéndola medrosa, pensó ofrecerla su compañía para tranquilizarla; pero caminaba tan corriendo, que no tuvo tiempo para poner por obra su pensamiento.

-¿ Dónde estaba V.? - preguntó Merle. -En la calle de Clichy; ella entraba

por la calle de Moncey.

Merle tomó la dirección indicada, y obtuvo nuevas indicaciones en la plaza de Europa. Á la misma hora, la misma mujer cruzó la plaza con dirección á la calle de Roma. Nada más se sabía.

Entonces el concienzudo inspector de policía se impuso la larga y penosa tarea de preguntar á los porteros de todas las calles vecinas, y alcanzó en sus investigaciones hasta la calle de Nápoles. Llegaba al

término de sus afanes; pero reflexionó que le faltaba tiempo para recorrer Paris preguntando á todos los porteros. Hasta entonces no había perdido un minuto; tenía ya idea de la dirección seguida por la fugitiva, y siempre podia comenzar de nuevo su tarea donde la dejaba.

Con Vignot fué Merle menos afortunado; lo que se explica fácilmente. Albertina recorrió París durante la noche, mientras su amante lo hizo en pleno día, pudiendo ser menos notado. Merle preguntó en los alrededores de la estación de Lyon por un viajero que llevaba un saco de noche en la mano, y no obtuvo más que respuestas muy vagas ó contradictorias. Además, ¿no se habría desembarazado del suyo Vignot para aligerarse? En cuanto á los anteojos, que completaban sus señas, podría muy bien haberlos guardado en el bolsillo. Nada probaba, por otra parte, que hubiera hecho el camino á pie; y ¿cómo averiguar el carruaje de que se había servido? Preguntar á todos los cocheros de París era cosa difícil. En las estaciones se obtienen algunas veces indicios; pero un perseguido por la justicia, sagaz como Vignot, no se

dirige á la parada, como lo había hecho, más que para extraviar á los que se propongan seguirle.

A. BELOT.

Otra reflexión hubo de interrumpir las

indagaciones de Merle:

— Albertina (pensó) se ha dirigido hacia el Oeste de París, y su cómplice debe reunírsele. Poco me importan sus vueltas y revueltas, su viaje á la estación de Lyon y el derrotero que pueda haber seguido.

Dejó en consecuencia á Vignot, y vol-

vió sobre Albertina.

Mientras el polizonte se entregaba á todas estas indagaciones, el Juez instructor, por su parte, se trasladó á la calle Blanche, para hacer un registro en las habitaciones de los dos testigos, convertidos ya en sospechosos.

Aurelia había abandonado su baul como si tratara de volver, y al registrarle, se vió que no contenía más que algunas piezas de ropa blanca. En casa de Bertin, por el contrario, se encontraron en un armario ungüentos, cosméticos, tinturas, tres barbas postizas y dos pelucas de distintos colores, lo cual indicaba que su dueño tenía costumbre de disfrazarse, y confirmaba las

sospechas de Merle. En el cajón de una mesa tuvo el Juez la fortuna de hallar les papeles del habitante de aquella casa. Vignot dejaba tras de sí cuanto era referente á Bertin, no por olvido, sino voluntariamente. X*** se apresuró á escribir á Lyon para preguntar si Bertin había vuelto allí después de su regreso de Australia. Le contestaron que su última carta estaba fechada en Melbourne el día de su partida para Francia. Esto confirmaba las sospechas de Merle: los papeles de que Vignot se servía pertenecían á un viajero robado y muerto en el camino, porque no se comprendia que el verdadero Bertin, en excelentes relaciones con su familia, fijara su residencia en París sin ir á Lyon, ó al menos hacer presente á los suyos su liegada.

El día de la visita domiciliaria, Albertina se presentó en el hotel de Limours, bajo el pseudónimo de Victorina, y fué recibida en concepto de segunda doncella. Desde entonces no tuvo más que un pensamiento: realizar el objeto que la llevara á aquella casa, para huir al extranjero después; presentía graves peligros si permanecía en París. No se le ocultaba que su

fuga y la de Bertin autorizarían todas las sospechas, por lo cual, para obrar, debía aprovecharse de la primera ocasión, y aun procurársela.

Era tal su impaciencia, que la segunda noche de estancia en el hotel se decidió á pasar de su habitacion á la parte del hotel que ocupaban los señores, para penetrar en el estudio.

Un obstáculo imprevisto hizo abortar su primera tentativa: la puerta estaba cerrada con llave.

Entonces procuró informarse, y supo que un lacayo de confianza estaba encargado de aquel cuarto; que le cerraba en cuanto su señora salía, y no volvía á abrirlo hasta por la mañana para arreglarlo. Entonces lo dejaba abierto y quedaba solo hasta las dos ó las tres de la tarde, que se trasladaba á él la Duquesa.

-Pues bien (se dijo Albertina): haré durante el día lo que pensaba terminar esta noche.

Así, resuelta, desechó todo temor, y se propuso llegar audazmente al fin.

Un día, cuando hubo terminado su servicio, tomando mil precauciones, pene-

tró en el estudic, encontró el sitio indicado por Vignot, levantó la tapicería, y entró en el gabinete oscuro, donde desde tanto tiempo atrás se ocultaban los millones.

Su primer pensamiento fué hacer un agujero en la portiere; lo practicó con un cortaplumas, á la altura de sus ojos, y logró poder ver sin ser vista. En cuanto se hubo acostumbrado á la semi-oscuridad que allí reinaba, buscó el escondite que había sido muchas veces objeto de conversación con su amante; lo halló sin gran trabajo, desgarró el papel, y dejó al descubierto los ladrillos.

Pero en este preciso momento oyó ruído. Se apresuró á mirar por el agujero de la cortina, y vió que era la Duquesa, que por casualidad aquel día había alterado las horas acostumbradas.